





JULIO RETAMAL FAVEREAU:

“¿PARA QUE QUIERO INTERNET SI TENGO PIANO DE COLA?”

Su frase retrata de cuerpo entero a este catedrático de la historia cuya excelencia corre a parejas con su apasionada defensa de tradiciones que van desde cosas tan serias como la misa en latín, hasta detalles como las mujeres en polleras y no en los abominables pantalones.

POR TOTO ROMERO

A veces no se le gana nadie. Sobre del alumno que pille mancando chicle de la columna que se permitía de pantalones a sus clases de Historia en la Universidad Gabriela Mistral o en la Universidad Católica. Y en lo que se refiere al saber, su estática tradicional de reprobados en los exámenes oscila entre el 30 y el 40 por ciento. Todo lo cual no impide que esos veinteafieros respeten hasta casi la adoración a “El codo ilustrado” uno de los docenas de apodosos. Al maestro con cariño, como la famosa película que refleja la farsa con que el profesor Julio Retamal hace respetar su cátedra. Farsa que extiende con los matriculados en los Seminarios de Humanidades a su cargo en la Universidad Adolfo Ibáñez, todos ellos, adultos, reparte adultos y hasta algunos en los años dorados. “Debo advertir que a quien le saque el celular, debe salir inmediatamente de esta sala donde le será devuelto el dinero pagado por el curso”, amonesta en la apertura de uno de los seminarios del año recién pasado, con las risas del alumnado en general, y el descomulgado de dos señores, en particular, comentando entre sí la dificultad de desconectar de sus respectivos hogares hasta la noche avanzada. Los seminarios son respetuosos, terminan cerca de las diez.

El profesor se explica:

La clase es como un pabellón de cirugía. Imagínese a una asistente fumando al anestesista llegando bruscado, al cirujano secretándose con el médico ayudante, no puede ser, ¿no le parece? Yo no tomo anestesias escritas. Piense que la materia cubre desde el siglo XV hasta el siglo XX y ahora hasta el siglo XXI. Que hay que pasar por Nietzsche, por Kant, por figuras que además de conocer, deben ser tratadas con un idioma correcto, como corresponde. Además que cuando el alumno muere se alarga, se va por la tangente si no domina el tema, por lo que resulta abundamiento de corrección. Ni hablar que garabatos no le acepto a nadie, al tiempo el “cachul” ni el “como está” ni nada que se le parece. En la enseñanza hay que igualar por arriba, nunca por abajo. La voz alta es mi lema.

Con esa voz alta suele cortar cabezas sin arrugarse.

Le de Almodóvar, por ejemplo, cuya apología al travestismo en sus películas sobre el padre del que le hablaron con tanto entusiasmo sus alumnos, le pareció insoportable. O por lo menos, como dice ahora, “no me gustó”. Como tampoco así nada de la televisión le parece aceptable, por lo que sólo ve el brevísimo noticiero de medianoche en Megaavisión y el Animal Planet que le fascina, como ese último programa sobre los grandes gatos, los leones, las panteras, esos porque gatos chicos como tampoco le interesan, jamás ha tenido alguno. Pero en cambio tiene su piano que compró de ocasión hace muchos años pero que estuvo hace veinte y que pese a que se reconoce con poco talento para el teclado, no se pierde por ningún motivo sus clases con el profesor Juan Edwards. Los vecinos del departamento no son demasiado felices con esas perspectivas musicales, pero hay algunos como don Enrique Sora, gran virtuoso, que suelen comentarle si esa tarde lo hizo bien, o si parece que se fue para atrás, o que ese tema de la víspera no era precisamente para él. Todo lo cual comenta con grandes risas, porque sentido del humor le sobra y del legítimo. Ese que empieza por reírse de sí mismo y de sus mañas, que son tantas, con el favor de Dios.

san julio

El 15 de julio, el día de su santo, él invita a sus amigos a comer con una severa advertencia a los interiores: deben ir con pollera. No le importa si están, más, de un color, floreada o lo que sea, pero pollera. “Porque el vestido no es para taparse, ni para disfrazarse sino para adornarse, deándole el uniforme a los militares, a los carabinieri”. Personalmente a él le gusta la buena ropa. Sobria, pero buena. Tiene su sastre, por supuesto. Se preocupa de que el sastre sea de buena familia, lo mismo que los zapatos, la corbata. Esa gran noche recibe elegante y prueba con creces lo hospitalario que es. Como que el primer domingo de cada mes, a las 7 y media en punto, hace en su casa una tarde cultural, a la cual invita a un poeta, un escritor, un músico, que como quien dice “haga su gracia” para un grupo de alrededor de veinte invitados. Alumnos distinguidos, amigos-amigos, en fin, recuerda haber te-

nido con especial ímpetu al profesor de estética Gastón Sazibon, a la pintora Irene Domínguez, de poesía Chile de Chile Piero, al dramaturgo Jorge Díaz, aprovechando su visita anual desde España, y por lo demás, un gran amigo. Porque no hay que olvidar que nuestro historiador estudió teatro algo más de dos años en la Universidad Católica y fue uno de los fundadores del teatro “Jesucristo Hijo de Dios y Salvador de los Hombres”, entonces teatro cristiano, por cierto.

De ahí el historionismo y la buena voz que recuerda haberle servido muchísimo en el tablado profesional. En el otro fue parte del elenco que dio la constante cefalea, el 1998 donde encarnó al vicentino, al señor Martín, el visitante, Anselmo en la Comedia, mucho Pinter, y tanto más que ya no recuerda, hasta que en 1962 decidió optar definitivamente por la Historia, dejando también atrás los tres años de Derecho que nunca le gustó, y donde fue a dar por darle gusto al tío que se fue cargo de él cuando, todavía cálido, hijo único, murió su padre, distinguido ministro de Corte, y quedó en la penumbra absoluta. Su madre había muerto al poco al mundo.

Curiosamente, se inscribió en la Universidad de Chile en el Pedagógico, donde fue un alumno absolutamente realizado desde el primer día hasta obtener la licenciatura, que aunque no lo dice, debe haber sido con todos los honores disponibles.

Pero había que ver como era entonces el Pedagógico. Mis profesores eran don Juan Gómez Millas, Ricardo Kury, Guillermo Fariña, Eugenio Pereira Salas, ahí y ese hombre que nos deletaba hasta hacernos casi volar que era Luis Oyarzún.

El humanista que hay en Julio Retamal, pese a las risas que provocan sus salidas off the record, se va haciendo más y más fielmente a medida que desarrolla su forma de mirar este mundo por donde estamos caminando. Lo que no implica que le haga asco a la tecnología pese a su observación sobre el piano de cola “Hendelloges por lo demás, ya lo había anunciado en 1995. Piensa que sólo debemos tomarlo con prudencia, no engolosinarse con lo tecnológico”, dice quien por supuesto no va a andar charlando por hacer amistades virtuales y que en la noche,

**"¿Para qué quiero internet si tengo piano de cola?" [artículo]
Totó Romero**

AUTORÍA

Romero, Graciela

FECHA DE PUBLICACIÓN

2001

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"¿Para qué quiero internet si tengo piano de cola?" [artículo] Totó Romero. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile